

Raúl Scalabrini Ortiz

Por Norberto Galasso

Siempre cuando uno va a hablar de un personaje, se suele contar, inicialmente, cuándo nació, cómo se fue formando, pero siguiendo un poco las características de las películas que empiezan por el final o por la mitad, para favorecer la intriga, nosotros vamos a empezar por la lectura de un aviso que Scalabrini Ortiz publica el 13 de enero de 1942, es decir, cuando tenía 44 años, en los clasificados del diario *La Prensa*. El lenguaje es propio de aquella época. No les extraña: *"Caballero argentino, casado, de 44 años, con amplias relaciones, estudios universitarios, técnicos, una vasta cultura general, científica, literaria y filosófica, con experiencia general y profunda en nuestro ambiente económico y político, ex redactor de los principales diarios, autor de varios libros premiados y de investigaciones, aceptaría dirección, administración o consulta de empresa argentina en planta o en proyecto, en los órdenes comercial, industrial o agrario. Dirigirse a Raúl Scalabrini Ortiz, calle Vergara 1355, Vicente López"*.

En ese momento Scalabrini tiene 5 hijos, y está en una situación económica muy difícil, alquila en Vicente López, nunca fue propietario en toda su vida, y se ofrece, entonces, como posible director, administrador o consultor, pero aun en las condiciones difíciles que está atravesando, pone una restricción. Dice: *"de empresa argentina en planta o en proyecto"*. Es decir, no está dispuesto a entrar a realizar ningún tipo de función en una empresa que sea extranjera.

Esto lo describe, y el aviso mismo lo describe de cuerpo entero. Es decir, estudios universitarios que ha cursado, se ha recibido de agrimensor. *"Una vasta cultura general"*, es un hombre que se ha movido en el ambiente literario, especialmente en la agrupación literaria Martín

Fierro. Formación científica, que le venía especialmente del padre, que era un paleontólogo, amigo de Florentino Ameghino. Formación literaria, que le venía de varios libros que ya había publicado. Ex redactor de los principales diarios: había sido periodista en *La Nación*, periodista en *Noticias Gráficas*, en el diario *El Mundo*.

Había escrito también en *El Hogar*. Había tenido un segundo premio por *El hombre que está solo y espera*, en 1931, que había provocado una gran batahola, porque el primer premio se lo habían dado a un desconocido, que no tenía valores, pero estaba arreglado. Entonces, Alfonsina Storni, que participaba en el jurado, y Armando Cascella, renuncian, provocando un gran escándalo en el concurso municipal.

El concurso municipal en aquellos tiempos era importante, no solo por el prestigio, sino también porque recibían un premio en efectivo, con el cual la mayor parte de los intelectuales cumplían su sueño dorado, que era viajar a Europa, especialmente a París, que era la Ciudad Luz, foco de cultura del mundo.

Scalabrini había nacido en 1898 en Corrientes. Su padre —como dijimos— fue un científico. Va a un colegio de relativa importancia, porque es compañero de estudios de Gainza Paz, que después fue director de *La Prensa*. Después se va convirtiendo en poeta y cuentista, bajo la influencia —como se imaginan ustedes— de la literatura extranjera.

En la historia de la literatura que algún día alguien hará, pienso que va a quedar bastante en claro que hay un despunte de una literatura nacional en la época de José Hernández, incluso en *La bolsa* —más allá de algunos aspectos criticables por el antisemitismo— es donde se está intentando reflejar lo que pasa con la crisis del 90. O en Carriego, en sus poesías del arrabal. Pero esta tendencia va declinando a medida que Argentina queda, hacia el 900, más tomada económicamente por el imperio británico, y ya en 1920, más o menos, uno puede decir que aparece el grupo Martín Fierro, con Güiraldes, donde hay alguna renovación de tipo formal, en las imágenes, especialmente a través de Oliverio Girondo. Pero es una literatura muy dependiente de la francesa. Y en la otra punta, Boedo, donde si bien hay un propósito de expresar al arrabal, a la fábrica, al trabajador, con Elías Castellnuovo, Barletta, Roberto Mariani con sus *Cuentos de la oficina*, hay también una fuerte influencia de los escritores rusos: Gorki, Dostoievski, Chéjov.

Scalabrini lee a los escritores rusos, lee a Anatole France, Edgar Allan Poe y Oscar Wilde. Ellos van a ser sus maestros. Tiene una devoción especial por Anatole France, cuando consigue ir a Europa en un barco de carga, y llega entre 1924 —los últimos meses— y 1925, justo cuando muere Anatole France y acompaña su féretro junto a estudiantes que levantan banderas rojas. Scalabrini se mete en esa caravana, muy absorbido por esto. Su libro, *La manga*, de 1924, que le edita Gleyzer, es una expresión, donde hay mucho de Anatole France, también algunos cuentos más bien con las ironías de Wilde, o con algunas truculencias de Poe.

Después, en los últimos años de los 20, entre 1925 y 1930, Scalabrini toma un camino bastante interesante, en la medida en que él se aboca a querer saber si tenemos una identidad nacional. Un poco lo que está pasando en los últimos años, el tema se toca en algunos artículos periodísticos, en algunas mesas redondas. ¿Existe una identidad nacional? ¿Cómo es? ¿Está en formación? En el caso de Scalabrini es interesante ver sus acciones en este terreno. Yo he tratado de registrarlo en una comparación y contraposición, al mismo tiempo, con las inquietudes de Jorge Luis Borges. Los dos se conocían y tenían cierta amistad y hacían largas caminatas. Y hay algunas cuestiones que vale la pena leerlas rápidamente, que expresan esa búsqueda de qué es ser argentino.

Por ejemplo, un texto como este. *“A los criollos les quiero hablar, a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa. Tierra de desterrados es esta, de nostálgicos de lo lejano y ajeno. Ellos son los gringos, autorícelo o no su sangre. Y con ellos no habla mi pluma. Quiero conversar con los otros, con los muchachos querencieros y nuestros que no le achican la realidad a este país. Mi argumento de hoy es la patria, lo que hay en ella de presente, de pasado y de venidero”*.

Este texto es de 1927, pero no es de Scalabrini, es de Borges. Sí, es de Borges. Lo repito para que se convenzan.

Hay otros textos que forman parte de esa indagación también. Por ejemplo este: *“El arrojamiento de los ingleses de Buenos Aires fue la primera bahaña criolla. Tal vez la Guerra de la Independencia fue el grandor romántico que en esos tiempos convenía, pero es difícil de calificarla de empresa popular y fue a cumplirse en la otra punta de América. La Santa Federación fue el dejarse vivir porteño hecho norma, un genuino organismo criollo que*

el criollo Urquiza, sin darse cuenta de lo que hacía, mató en Caseros, y que no habló con otra voz que la rencorosa y guaranga de las divisas y la voz póstuma del Martín Fierro de Hernández. Fue una lindísima voluntad de criollismo pero no llegó a pensar nada y ese su empacamiento, esa sueñera chúcará de gauchón, es menos perdonable que su Mazorca (...). Después vino Sarmiento (norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo), nos europeizó con su fe de hombre recién venido a la cultura, y que espera milagros de ella". Esto también es de Borges. Al igual que este otro: "Entre los hombres que andan por mi Buenos Aires hay uno solo que está privilegiado por la leyenda y que va en ella como en un coche cerrado; ese hombre es Yrigoyen".

En otra parte dice: "El silencio, arrimado al fatalismo, tiene eficaz encarnación en los dos caudillos mayores que abrazaron el alma de Buenos Aires: Rosas e Yrigoyen. Don Juan Manuel, pese a sus fechorías e inútil sangre derramada, fue queridísimo del pueblo. Yrigoyen, pese a sus mojígangas oficiales, nos está siempre gobernando. La significación que el pueblo apreció en Rosas, entendió en Roca y admira en Yrigoyen es el escarnio de la teatralidad o el ejercerla con sentido burlesco. En pueblo de mayor avidéz de vivir, los caudillos famosos se muestran botarates y fiesteros. Aquí son taciturnos y casi desganaos. Les restaría fama provechosa el impudor verbal".

Y en otro párrafo comenta. "Se perdió el quieto desgobierno de Rosas. Los caminos de hierro fueron avalorando los campos, la mezquina agricultura desdineró la fácil ganadería, y el criollo vuelto forastero en su patria realizó en el dolor la significación hostil de los vocablos argentinidad y progreso. Ningún prolijo cabalista numerador de letras ha desplegado ante palabra alguna, progreso, la reverencia que nosotros rendimos delante de ellas. Suya es la culpa de que los alambrados encarcelen la pampa, de que el gauchaje se haya quebrantado, de que los únicos quehaceres del criollo sean la milicia, o el vagabundear o la picardía de que esta ciudad se llame Babel. En el poema de Hernández y en las bucólicas narraciones de Hudson, están los actos iniciales de la tragedia criolla. Faltan los postrimeros, cuyo tablado es la perdurable llanura y la visión lineal de Buenos Aires, inquietada por la movilidad. Ya la República se nos extranjeriza. Se pierde".

Esta era la búsqueda que hacía Borges en ese momento, en un libro que nunca quiso reeditar, y que les comenté alguna vez —no quiero insis-

tir sobre ello porque parece que fuera mal intencionado—, le advertí siempre a mi concurrencia masculina, que hay que divorciarse, o tratar que la mujer se muera antes que uno, porque las viudas son terribles, y esto lo digo con conocimiento de causa. Lo que le pasó a Borges es que su viuda publicó todo para ganar derechos de autor, y publicó este libro, *El tamaño de mi esperanza*, que Borges no quería que se publicara.

Y por su parte, Scalabrini también en esa búsqueda decía, en esa misma época: *“Nuestros glóbulos rojos hablan distintos idiomas y tienen huellas de tradiciones alejadas. Nuestra mayor tristeza es no saber quiénes somos. Hablamos en castellano, actuamos en inglés, gustamos en francés, amamos en ruso, nos apasionamos en italiano. Vivimos de prestado, abrumados por preceptos de estéticas y éticas ajenas. Recién nos hemos dado cuenta hace poco que la primavera nos llega en septiembre, y no en abril —como dicen los poetas europeos—, y aunque es menos eufórico procuramos deletrearlo, reduciendo nuestras ambiciones a los límites de Buenos Aires. Así, aunque parece que en nuestras huellas arenosas avanzamos incendiando caminos, en rigor actuamos estimulados por la humilde convicción de que mediante estos penosos sacrificios estamos preparando el advenimiento de un gran hombre”*.

Mientras tanto, Borges relataba todas estas reflexiones diciendo: *“El deber de cada uno de nosotros, de los escritores, es dar con su voz. Escriba cada uno su intimidad, y ya la tendremos. Digan el pecho y la imaginación lo que en ellos hay”*.

Y Scalabrini decía casi lo mismo en otro texto: *“Seamos los primeros de lo propio, y seamos sin decirlo, sin pueriles vanidades. El que mejor y más bongo cante ha de tener un meridiano en la punta de la pluma”*.

Es una búsqueda, una búsqueda que lo lleva a Scalabrini a *El hombre que está solo y espera*. Como muchacho de Buenos Aires, que empieza a hacer periodismo, poeta, que se acostumbra a ir quedándose en los boliches hasta la madrugada porque es soltero, hasta los 35 años. Lo que tiene más a mano es el hombre de Buenos Aires, indagar qué pasa con este hombre de Buenos Aires. Y de ahí sale *El hombre que está solo y espera*. Que en algunos aspectos tiene aciertos, en otro no va más allá de dibujar las características de un hombre de una gran ciudad. Es decir, el hombre de la gran ciudad no es el hombre de la aldea, donde todos se conocen. El hombre que es anónimo, solo, la angustia, la soledad.

Ramón Doll, que era en esos momentos el más valioso crítico literario de la Argentina, de aquel momento y quizá de todo el siglo, pero después quedó totalmente silenciado, le hace una crítica feroz a *El hombre que está solo y espera*, entre otras cosas le dice: "En los cafés no se aprende nada, Scalabrini". Lo cual tiene su parte de verdad y su parte de mentira, porque en todos lados se aprende y hay experiencias de vida que permiten sacar conclusiones.

Pero de todos modos, es el primer intento de acercarse a investigar qué es el argentino, o por lo menos qué es el porteño. Y el libro tiene cinco ediciones entre 1931 y 1932.

Pero al mismo tiempo esta búsqueda se da por diversos caminos. Scalabrini no era un hombre enteramente intelectual. Fue campeón de box, medio campeón de box, porque empató en la final de un campeonato amateur de Buenos Aires, y los dieron como ganadores a él y al otro. Con un andar medio de compadrito, un tipo muy reservado, bastante quisquilloso.

Pero esta búsqueda lo choca a Scalabrini con el fenómeno de la crisis. La crisis que estalla en el llamado Jueves Negro de Wall Street, el jueves 24 de octubre de 1929, y que se esparce inmediatamente a todo el mundo, y lanza a la desocupación a millones y millones de personas. Algo así ha dicho alguien: una tremenda carcajada de Karl Marx, como diciendo "yo tenía razón, el capitalismo se va a una crisis de la cual no tiene salida". Había suicidios todos los días, bajaban los valores, la gente pasaba de la fortuna a la miseria en pocas horas. Todos quieren vender al mismo tiempo y los títulos bajan tremendamente.

Scalabrini publica entonces un artículo que se titula "La ciudad está triste". Es el efecto de la crisis... Yo recuerdo que una vez Jauretche medio se me enojó en Eudeba, porque yo insistía que Manuel Ugarte había dicho en 1916 que los ferrocarriles no eran factor de progreso, los ferrocarriles ingleses, tal cual estaban trazados y tal cual manejaban las tarifas eran un factor de atraso. Jauretche, con esa voz ronca que tenía, medio de guapo, decía: "El que descubrió todo fue Scalabrini", como diciendo "este que está en la izquierda nacional viene a jorobar con Ugarte para hacerse ver y ellos no vieron nada". Y yo le digo: "Lo que pasa es que Scalabrini tuvo a su favor la crisis. Con la crisis era posible ver eso". "No, no", decía el viejo Jauretche enojado.

En realidad, la crisis permite incluso que desde la derecha quede revelado el fenómeno que Argentina es un país dependiente, con un trabajo de los Irazusta, *La Argentina y el imperio británico*, del año 1934.

Scalabrini, en el año 31, siente este impacto de la crisis. Impacto que es notable, porque se produce en toda esa generación, y genera una bifurcación de caminos.

Si ustedes observan, es la época en que Manzi dice. "*Tengo que optar, ser hombre de letras, o hacer letras para los hombres*". Ser hombre de letras, es decir, la academia, el premio municipal, una secretaría de redacción del suplemento dominical de un diario, como el caso de Eduardo Mallea, o alguna secretaría de redacción de la revista *Sur*. O "*hacer letras para los hombres*", es decir tomar el tema de los hombres, de lo que Manzi conocía de Pompeya, de Boedo, del suburbio, de Malena, de *El último organito*.

Jauretche también es una persona que opta en ese momento. Él había escrito sus primeros cuentos en *La Nación*. Tenía en su biblioteca una carpetita con poemas y algunos de los cuentos que le había publicado *La Nación*, y tenía también una foto, donde aparece él en una reunión de intelectuales. Y a pesar de todas las críticas que él les hacía a los intelectuales, que eran críticas feroces, entre ellos estaba Borges, a quien le pega mucho, era como que había allí algo así como un pasado suyo que había frustrado intencionadamente. Como que había dejado allí la posibilidad de ser un cuentista conocido, un poeta conocido.

Y con Scalabrini ocurre lo mismo. Cuando empieza a indagar por qué la ciudad está triste, empieza a orientarse a que esa tristeza tiene que venir del desastre económico que se está viviendo. Los bancos se cierran, echan gente, los maestros cobran con seis o siete meses de atraso, el fenómeno de la desocupación trae a la primera página de los diarios, como ocurre cuando hay mucha desocupación, la aparición de delincuentes famosos, como Tamayo Gavilán, por ejemplo; secuestros famosos, como el de Álzaga, de una familia de los terratenientes más importantes de Argentina; las drogas. Una atmósfera de angustia, de derrota. En la revista *Sur* estas cosas no aparecen, porque la revista *Sur* es una expresión del mundo de Victoria Ocampo y del mundo que la rodeaba, Bioy Casares, la clase alta, y los autores extranjeros que ella publicaba e importaba.

Pero sí aparece en Roberto Arlt. En *Los siete locos* hace una descripción de la angustia, dos páginas, la angustia que se está viviendo, para terminar con alternativas tremendas: la revolución, el fascismo, la degradación.

Scalabrini, para tratar de averiguar las causas de este fenómeno, los motivos de esta situación, dice: "¿qué es la Argentina, qué cosas hay en Argentina?" Toma un papel y empieza a anotar. "Hay ferrocarriles", le pone al lado, "pero son ingleses". "Hay frigoríficos, son ingleses y norteamericanos", "Hay una importante compañía telefónica, es inglesa" y después va a ser norteamericana, "Hay puertos, pero en general los tienen los ferrocarriles, si no están entregados en concesión a las grandes compañías exportadoras que son todas europeas", "Hay usinas eléctricas en todo el interior, pero pertenecen a la American Power Company", que era norteamericana. "El país exporta, pero no exporta en barcos propios, no tiene barcos", con lo cual no puede defender el precio de sus exportaciones. *Exporta en la Blue Star Line, empresa que se lleva las carnes, con cámaras frigoríficas, que van a Londres y se venden a través de la cadena de Lord Vestey, una cadena de carnicerías que llevaba el producto a precios bajos a los trabajadores ingleses, con lo cual los empresarios ingleses no aumentaban los sueldos, porque a través del mecanismo de explotación imperialista les estaban aumentando su salario real a través de la disminución de los precios del consumo, con las carnes, con el té de Ceylán, con el algodón de la India, con el tabaco*".

Scalabrini llega a la conclusión de que el país tiene bandera, tiene himno, pero carece de soberanía, en realidad, no tiene nada. Y además tiene una deuda externa importante. Y esto lo lleva a esta opción, a esta alternativa que llevó a Manzi desde el terreno de la literatura a la política. Él dice: hay que denunciar esto. Pero él había sido periodista y había tenido como periodista una experiencia respecto a la llamada "libertad de prensa", o sea, de qué modo el periodista tiene que adecuarse a las directivas del dueño del diario, o tiene que adecuarse a la presión de los avisadores de los diarios. Es decir, la libertad de prensa es, como decía después Jauretche, libertad de empresa.

Esto Scalabrini lo va a desarrollar en el diario *Reconquista*, recién en 1939, en unos artículos que se llaman "Servicio de la prensa". Pero lo que sí evidentemente tiene en claro es que salir a decir estas cosas en una Argentina donde la clase dominante es arrogante, y donde se decía "Dios

es argentino” o como decían nuestros vecinos uruguayos que tuvieron una evolución muy parecida, “como el Uruguay no hay”.

Él escribe con respecto a esta decisión: *“Comprendí que tendría en contra todo lo que dentro del cuerpo social argentino significa fuerza organizada: la oligarquía, el periodismo, la inteligencia universitaria y las miles de ramificaciones en que se diversifica la fuerza del gobierno. Era un panorama aterrador. Se abría una perspectiva de extrema soledad. Una lucha tremenda. Una lucha tremenda solo para expresarse. Sabía que me cerrarían todas las tribunas literarias, periodísticas y políticas. Sería una especie de judío errante y podría considerarme muy feliz si el sarcasmo no me hundiese al primer amago de revelación”*.

Lo va a ver, entonces, a Macedonio Fernández. En esa vinculación con el mundo literario Scalabrini había encontrado en Macedonio un verdadero maestro. Macedonio Fernández es otro que también, cuando se haga la historia de la literatura nacional mucho más en serio de lo que la hizo Ricardo Rojas en sus 10 o 12 volúmenes, va a aparecer. Macedonio era un tipo de posiciones de izquierda, había intentado hacer una experiencia de sociedad anarquista en una isla, de joven. Y después se va replegando del ámbito literario. Pero era un tipo muy singular, vivía en pensiones, no trabajaba, se mudaba periódicamente cuando dejaba de pagar la pensión, en la que tenía siempre una guitarra. Un hombre que tenía mucho frío, aparece siempre con muchos pullóveres encima. Se compraba un bizcochuelo y se lo iba comiendo de a poco durante dos, tres, cuatro días, se mantenía así. Y ahí recibía, fíjense a quiénes: a Leopoldo Marechal —año 1927, 1928—, a Jorge Luis Borges, que estaba en esa posición que les he leído; a Scalabrini Ortiz; a Luis Alberto Sánchez, que era un aprista peruano que estaba exiliado en Argentina, que estaba en la línea de la mejor época de Haya de la Torre, del APRA; y a Natalicio González, un nacionalista paraguayo que llegó a ser presidente de ese país.

Y conversaba con ellos, mientras él rasgueaba la guitarra. Borges dirá después que Macedonio era un tipo extraordinario, pero, dice Borges, el Borges viejo, *“tenía cierta superstición por lo argentino. Pensaba que lo argentino era siempre lo mejor”*. Es decir, daría la impresión de que Macedonio era un tipo de un pensamiento nacional, o un sentimiento nacional, que lo lleva después a tener una gran admiración por Eva Perón, pero que

más bien se repliega frente a la preponderancia europeísta de los medios literarios, como era el caso de Oliverio Girondo. Aunque Girondo, años después, va a publicar durante la guerra un folleto, que ha sido olvidado. Ahora se está reivindicando la figura de Girondo, y supongo que tomarán en cuenta un folleto que se llama *Nuestra actitud ante el desastre*, que se refiere a la guerra, y donde dice que Argentina está dominada por Europa, especialmente por los ingleses, y que hay que hacer un proceso de liberación nacional.

En uno de los tantos errores que uno alguna vez cometió, una vez le dije a Jauretche: Girondo era un esteticista, un tipo que consideraba el manifiesto de Martín Fierro, como un manifiesto donde la estética está por encima de todo. Y Jauretche se terminó enojando, con razón, porque me dice: "*Girondo aportaba a FORJA. Girondo era un tipo muy nacional*".

En ese ambiente se replegaba, pero era un tipo muy nacional y me invitó a leer ese folleto, *Nuestra actitud ante el desastre*, que es de una clara posición latinoamericana. Lógicamente, Girondo era un tipo que no trabajó nunca, la familia tenía tierras, cuando Perón le congela los arrendamientos rurales no le hace ninguna gracia. Pero hay una declaración de Norah Lange, la pareja de Girondo, donde dice: "*Scalabrini Ortiz nos explicó a nosotros que Argentina era una semicolonía británica*", porque eran muy amigos de Scalabrini. En *Adán Buenosayres* aparecen todos ellos. Scalabrini aparece como el petiso Bernini, y aparece Marechal, aparecen todas estas figuras.

Scalabrini lo va a ver a Macedonio, y Macedonio le dice: "*quizás esa sea su vida*". Ese abandonar esos lugares que está ocupando ya como importante intelectual, prestigioso, que tiene un concurso ganado, un segundo premio, periodista, perder todo eso, y entrar a luchar en el ámbito político enfrentando a enormes poderes. Él escribe después: "*He allí el consejo de Macedonio, 'quizá sea esa su vida'. Pero esa vida suponía despojar la vida de todo lo que burguesamente constituye la vida, una vida con un solo objetivo, en que todo lo demás está muerto. Y eso es casi una muerte, pensaba yo. Para vivir esa vida es preciso matar todo lo que es ajeno a esa misma vida. En una palabra, suicidarse. Eliminar todo lo que constituye para los hombres normales una manifestación de vida. La lucha de posiciones, la conquista del éxito, su mantenimiento, las pequeñas vanidades, la pequeña codicia, el pequeño en-*

greimiento. Matar todo eso es como suicidarse. Y una noche, en el pequeño escritorio que yo tenía en la casa de mi madre donde había escrito El hombre que está solo y espera, tomé la decisión y me suicidé. Me suicidé para mí mismo y quedé convertido en puro espíritu. Las demoníacas potencias del imperialismo británico serían inermes para mí. Ellas tienen validez solamente sobre lo temporal, pero no sobre el espíritu. Y yo era solo espíritu. Mis debilidades corporales habían sido abatidas para siempre. Ese es el secreto de mi constancia. Por eso, no hay derrota que pueda desalentarme. Y ahora voy tras esa idea".

Es decir, uno podría definir que es algo así como un místico de la política. Un tipo para el cual la política es realmente el arte de transformación de las sociedades, y no lo que vulgarmente uno escucha cuando se menciona la palabra política en la Argentina en las últimas décadas.

Y esto lo explica después con una anécdota. Él dice que aprendió, haciendo agrimensuras para vivir, claro, para mantener a la familia hacía agrimensuras cuando iba a la provincia de Buenos Aires, o Entre Ríos, y tenía que pasar la noche en un hotel de poca categoría, porque no podía gastar mucho, y decía que invariablemente, cuando uno se mete en esos hoteles, en la cama aparece una chinche. Pero que hay dos tipos de chinche, según su experiencia. Está la chinche gorda, que es la que ya chupó sangre, la que al anterior huésped de la habitación de la pensión le absorbió la sangre. Entonces la chinche está gorda, y si se la aprieta con las uñas y estalla. Se la mata. En cambio, cuando la chinche todavía no ha absorbido sangre, es flaca, es muy difícil matarla, porque uno trata de atraparla, y se escapa. Y él le dice un día a un representante del imperio: "Mr. Eddy, yo sigo la política de la chinche flaca". La política de la chinche flaca significaba que él tenía una conducta diamantina, cristalina, no le podían imputar que había chupado sangre, o que se había acomodado, o que tenía un puesto, o que había recibido una coima. La posición de él, sus ideas de él tenían una fuerza tremenda porque él seguía la política de la chinche flaca.

Entonces se lanza a la investigación, a ver cuáles son los motivos por los cuales Argentina estaba extranjerizada. Y dice algo que es muy importante cuando empieza a romper con el discurso de la clase dominante. "Era necesario una virginidad a toda costa. Era preciso mirar como si todo lo anterior a lo nuestro hubiera sido extirpado. La única probabilidad, lo venidero

yacía bajo espesas capas, en el fondo de la más desesperante ingenuidad. Todo lo que nos rodea es falso e irreal. Falsa la historia que nos enseñaron, falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan. Falsas las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran”.

Esto es lo que Jauretche, en un idioma de otro tipo, va a decir “*hay que desazonarse, partiendo de que yo no soy un vivo, sino un gil avivado*”, alguien que recibió, como todos una historia falsa, que es la historia oficial, una concepción de la economía que es falsa, que es el liberalismo en sus distintas expresiones, o neoliberalismo como se expresa en los últimos tiempos. Una concepción de la literatura como goce, como forma de evasión, no como un arte que está tratando de explicar, tomar, llevar al plano emocional las desventuras, los anhelos, los sufrimientos de un pueblo. Todo esto, decía Jauretche.

Y entonces esto lo lleva a él a los balances ferroviarios, a convertirse en un economista, que se hace como autodidacta, con la ayuda de una formación marxista que él había tenido de joven, cuando había participado de un grupo marxista, Insurrexit. Y ahí es donde descubre, como decía también Jauretche, el mecanismo a través del cual se produce el sometimiento de la Argentina.

Jauretche decía: “*nosotros, en la facultad, hablábamos mucho del imperialismo. Y después, en el partido radical también se hablaba de imperialismo, pero eso era una cosa muy difusa, muy vaga. Eran referencias a un elemento extraño, dominante, extorsivo, expoliador, pero era más bien abstracto. Scalabrini nos llevó del antiimperialismo abstracto al antiimperialismo concreto. Nos dijo: acá hay un imperialismo inglés, porque los ferrocarriles están contruidos en abanico hacia el puerto de Buenos Aires. Los ferrocarriles no comunican distintas regiones del país, sino que comunican el interior con el puerto, como si fuera una mano. Y ese ferrocarril tiene una construcción colonial, está dirigido a llevar los productos agropecuarios a puerto. En el puerto se han instalado los frigoríficos anglo norteamericanos, las compañías de seguros, como Leng Roberts, allí está la flota británica que se lleva la carne, especialmente, que a veces se reexporta a Europa, que se lleva cereales que van a Europa también. De vuelta nos traen los artículos manufacturados porque el sistema es tal que el país no tiene que tener industrias. Entonces los artículos manufacturados*

han entrado libremente, sin ninguna protección, derrumban todo tipo de industrias, las tarifas de los ferrocarriles derrumban las industrias del interior. Y todo esto crea un país que es una granja”.

Ya lo había advertido Carlos Pellegrini en un debate en 1876: “si seguimos así vamos a ser una granja de la fábrica inglesa”.

Nosotros, cuando tratamos de hacer la historia lo más seriamente posible, nos encontramos con que no todo es descartable en los hombres de aquella época. Pellegrini era un claro defensor de la protección económica, que fue lo que hizo la grandeza de Estados Unidos. Estados Unidos crece después de la guerra de secesión con tarifas aduaneras tremendas, que son las que permiten desarrollar la industria, y generar un capitalismo hacia adentro, expansivo, un gran mercado interno y de allí derivan a una posición imperialista.

Inmediatamente después de llegar a esta conclusión, Scalabrini asume un compromiso y se mete en las conspiraciones radicales, que también son de aquel tiempo. Se mete en la conspiración del año 33. Él tiene que estar con un grupo de amigos en un parque. Cuando llegue el momento ellos tienen que juntarse, armados, tomar la comisaría cercana, tomar el correo, todo para controlar las comunicaciones. Mientras tanto se esperan insurrecciones en varias guarniciones del interior, especialmente en el litoral, en Santo Tomé, en Rosario, en Paso de los Libres. Él se juega a esa, pasando previamente a la clandestinidad. Nadie sabe lo que está haciendo. Como consecuencia de esta redefinición suya, renuncia a *Noticias Gráficas* como periodista, ya había renunciado a *La Nación*.

Se produce la insurrección de Paso de los Libres, que es sofocada sangrientamente, es la primera vez que desde los aviones se ametralla a los insurrectos. Entre la gente que estaba junto a Jauretche mueren 53 militantes yrigoyenistas que están tratando de recuperar la democracia, porque después del golpe del 30 había venido el fraude en las elecciones del año 31 y el 20 de febrero del 32, Justo había tomado el poder.

Scalabrini es detenido. Hay reuniones de gente en los parques, todos son detenidos. Y lo llevan al Departamento de Policía, y allí un abogado plantea la posibilidad de la opción. Como el detenido estaba con armas conspirando o iba a Ushuaia, donde estaban los condenados —con el frío

y el carácter inhóspito de la cárcel de Ushuaia— o se le daba permiso —si quería— para desterrarse e irse a Europa.

Scalabrini prefiere irse a Europa. Él ya se había desilusionado en su viaje anterior al viejo continente. Pero piensa que mientras no se sancione una amnistía puede seguir sus investigaciones allá. Entonces decide irse.

Aquí viene otra cuestión, que es de género también, y el gremio masculino tendrá que tenerlo en cuenta. Porque en aquel tiempo él no se iba con la novia a Europa. Hoy con la novia se va a cualquier lado, pero, en aquel tiempo, no. Entonces la novia le dice: estoy de acuerdo, acepto que nos desterremos los dos, pero hay que casarse. Scalabrini está detenido, enamorado de la novia, pero detenido, su voluntad de decisión también está un poco limitada. Pero bueno, ella lo acompañó siempre, fue una gran compañera, pero el hecho en sí es un tanto discutible desde el punto de vista de la actitud femenina. Porque el día del casamiento Scalabrini viene con un gendarme, esposado, ante el juez. Yo tuve oportunidad de ver la libreta de casamiento, cuando el juez le pregunta el domicilio, Scalabrini dice "Belgrano 1551", que es el Departamento de Policía.

La conclusión sería que Scalabrini Ortiz, en la Década Infame, no podía tener otro domicilio que el Departamento de Policía. E inmediatamente se va desterrado a Europa.

En su estadía en Europa ratifica esta información que venía descubriendo. Él está en Italia, en Alemania, donde tanto diarios italianos como alemanes, con el propósito de atacar y criticar al imperio británico, ponen de manifiesto cuestiones que habitualmente no aparecen en los diarios argentinos. El carácter expansivo del imperialismo inglés, y el carácter semicolonial de la Argentina, que va a ratificar lo que él ha podido descubrir en los balances ferroviarios, en las memorias de los ferrocarriles, y el rastreo que hace de los personajes ferroviarios.

Hombres que estaban ligados a los ferrocarriles británicos han llegado a la presidencia de la Nación como el doctor Quintana, en 1904, cosa que se va a repetir en 1938 con el doctor Ortiz. Son hombres que han sido funcionarios, como se repite en épocas más cercanas, con Martínez de Hoz, por ejemplo, cuando viene Rockefeller acá y dice "*Martínez de Hoz ha sido empleado nuestro durante mucho tiempo, dispéñsele la mayor confianza*".

Vuelve, se decreta una amnistía. Cuando vuelve se conoce con Jauréteche, y allí ambos empiezan a colaborar en el diario *Señales*, que dirigía Martínez del Castillo. Y en *Señales* Scalabrini publica los artículos que después van a aparecer en *Política británica en el Río de la Plata*. Los primeros artículos sobre el carácter antiindustrialista y perturbador del trazado ferroviario, de las tarifas. Argentina —dice— está sentenciada a lo que él llama el “primitivismo agrario”, es decir, no tener industrias, lo cual implica que en cuanto crezca un poco la población, habrá desocupación, porque el campo no absorbe mucha mano de obra. Además, generalmente se vende barato y se compra caro. Esta subordinación que él verifica a través del tratado Roca-Runciman del año 33, en el que el imperialismo inglés concierta con el gobierno de Justo que el 85% de las exportaciones de carne van a quedar en manos de los frigoríficos anglo norteamericanos, y el 15% en manos de los argentinos, siempre y cuando sean empresas que no persigan propósitos de lucro.

La “seguridad” es que no se van a aumentar los precios, que se va a seguir comprando carbón y artículos manufacturados. Y si hay pocas divisas se van a utilizar preferentemente para comprar en Inglaterra. Junto a esto aparece el empréstito de desbloqueo, con lo cual el país aumenta su deuda externa, para que las empresas británicas puedan girar sus utilidades.

Señales se convierte en un periódico muy importante para la militancia. No es un periódico de gran tiraje, pero sí para la militancia que está descubriendo que debajo de esa llamada “gran Argentina”, de la cual siempre hablan algunos intelectuales argentinos como Marcos Aguinis y otros del mismo pelaje, que aparece como un país extraordinario, que figuraba en los primeros puestos del concierto de las naciones del mundo, se esconde un país endeudado, un país con una mortalidad infantil tremenda en el interior, un país donde la mayor parte de los muchachos de 20 años que venían del interior y hacían el examen médico para la conscripción eran rechazados por desnutrición.

Manzi dice que en Santiago del Estero el 90% de los soldados que debían incorporarse a la conscripción son rechazados por su deterioro físico, por su desnutrición. ¡El 90%! Habitualmente se habla del 50%, pero Manzi dice que en Santiago del Estero hubo dos o tres llamadas

porque no podían conseguir los posibles soldados. Esto es en lo que se ha convertido Argentina: una gran cabeza, la provincia de Buenos Aires, Sur de Santa Fe, sur de Córdoba, sur de Entre Ríos, y un país raquítico, hundido en la parálisis, con bajísima densidad de población en el sur, y en el noroeste, que fue la zona más poblada del país en el siglo XIX, un permanente drenaje de los jóvenes que buscan trabajo en otro lado.

Todas estas ideas Scalabrini las vuelca en FORJA. Se constituye en ese momento Forja: Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, por un grupo de militantes yrigoyenistas, entre los que se destacan Jauretche, Manuel Ortiz Pereyra y Homero Nicolás Manzoni, que en la música popular será Homero Manzi.

Esta es una corriente interna del radicalismo. Scalabrini, como no es radical, no puede ingresar a FORJA. Para eso tendría que hacerse afiliado radical. Él, como si hubiera vivido el radicalismo de los últimos tiempos, dice *"el radicalismo es ya una antigualla histórica"* —en 1935—, *"por lo tanto no me voy a afiliar"*. Sería como el caso del señor Valdemar, del cuento de Poe, de un muerto que ya murió, y no termina de desintegrarse, porque si ya era una antigualla histórica en 1935...

Scalabrini se convierte en una usina de ideas, cercano a FORJA, desde afuera de FORJA, sin incorporarse al grupo. Uno podría decir que Jauretche es el corazón de FORJA, el que hace la militancia, el que hace los afiches, el que hace mil y una maniobras para tratar de pagar el sótano de la calle Lavalle 1725, porque los forjistas habían conseguido alquilar solamente un sótano, como los viejos cristianos, en las catacumbas. Y Scalabrini desde allí empieza su lucha, tomando a FORJA como trampolín de sus ideas, a la revista *Señales*, y después publica en 1940 *Historia de los ferrocarriles, Política británica en el Río de la Plata*.

Todo este período es una incesante difusión de ideas, bajo el lema forjista *"Somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina libre"*. Los muchachos de FORJA que van por las calles con tiza o carbón escribiendo cuatro letras "P": patria, pan y poder al pueblo.

En esa época Scalabrini aboga por la nacionalización del Banco Central, que había sido creado en 1935 como Banco Central mixto, con una fuerte participación británica. Aboga por la nacionalización de los ferrocarriles, por la creación de una flota. Es una lucha desesperada. En una

oportunidad, como una excepción, Scalabrini manda a un amigo a verlo a Eduardo Mallea, que era secretario del suplemento cultural de *La Nación*, con una notita, porque había sido muy amigo de Mallea, para pedirle que le publicase que iban a realizar un acto, y Mallea lo recibe al chico, y le dice *"Ah, sí, Scalabrini, podría haber sido un gran valor literario, estas cosas dónde se metió Scalabrini. Se lo voy a publicar"*. Y publican, como excepción, este anuncio. Pero las demás conferencias se hacen sin ningún anuncio, van con un altoparlante, piden tres cajoncitos de cerveza en algún bar, se suben a ellos y hablan en la esquina con el megáfono, a veces para nadie, como si fuese una costumbre militante, una práctica militante ya afirmada, que el acto hay que hacerlo igual, si no hay gente, no importa.

Cuentan ellos que un muchacho joven de FORJA, que era la primera vez que hablaba, fue a una esquina, puso los cajoncitos, se puso a hablar, y no había nadie. El chico seguía hablando, ¡qué iba a hacer si no después Jauretche lo retaba! Hasta que pasan dos chicas y se paran a escuchar, y él se estimula con esta presencia. Sigue hablando hasta que termina, y ellas están allí, y los dos o tres forjistas que estaban con él estaban esperando a ver si las chicas se iban a afiliar a FORJA, y las dos pasan y una le dice a la otra *"Qué lástima, tan lindo chico y mirá en las pavadas en las que se ocupa"*.

Scalabrini en ese momento tiene, sometido por una ley de desacato, dos duelos, uno con el tío de John William Cooke, que era un liberal total, y otro con el señor Schoo. Pero duelos en serio. Había tenido otro con Ramón Doll. En el caso de Schoo la espada le llega a tocar la garganta, podría haber sido un desastre. El tiempo de los duelos después se convirtió en una fantochada.

Se realiza una tarea muy importante. Jauretche llega a decir en 1942: *"El país es forjista sin saberlo"*. Porque las ideas van entrando. Se observa en algún escrito de un periodista, en una conferencia de un político cualquiera. Las ideas de FORJA sobre la liberación nacional, la utilización de la palabra "Vendepatrias", de la fórmula "nueva Argentina", por ejemplo, la palabra descamisados, tercera posición, todo está en el forjismo. Los cuadernos de FORJA, a través de Homero Manzi, que se los da a unos coroneles que viven en el mismo edificio que él, le llegan a Perón. Y Perón se informa en Italia, donde está estudiando economía, y eso hace después que el Grupo Oficiales Unidos, o Grupo Obra de Unificación, o como

quiera llamársele, que es el GOU, en su asesoramiento a los oficiales indica la necesidad de leer *La historia de los ferrocarriles* de Scalabrini, entre otros libros. Hay también otros libros que recomiendan: *La tragedia argentina*, de Villafañe, y *Algunas maneras de vender a la patria*, de José Luis Torres.

FORJA va teniendo su influencia pero no consiguen romper con el aparato alvearista. Alvear es el jefe del partido, está en la Conciliación, tiene el aparato del partido. En un momento, los forjistas quieren salirse del partido y abrir una corriente nueva, distinta, fuera del radicalismo, pero no tienen fuerza para eso. Pero sí triunfan en la difusión ideológica.

Cuando se produce el golpe de 1943, Jauretche era el político, esencialmente un político que escribía, mientras que Scalabrini era un escritor que hacía política. Jauretche cabalga sobre los acontecimientos siempre. El 4 de junio se produce el golpe, y antes de que renuncie Rawson consigue tener una reunión con él, y después, junto con Homero Manzi se reúne con los dos coroneles más inteligentes del ejército en ese momento, que eran Enrique González, que era muy inteligente pero pro nazi y Perón. González es del grupo de Perlinger, que va a enfrentar a Perón, a pesar de que los estudiosos liberales le adjudican nazismo a Perón. El grupo de Perón es el que derrota al grupo pro nazi.

Jauretche y Manzi conversan con Enrique González y con Perón, y Jauretche empieza a jugar sus cartas a favor de que Perón, desde la Secretaría de Trabajo, haga lo que ya está haciendo.

Scalabrini, en cambio, desconfía. Dice: *"el ejército es el que ha provocado el golpe que derrocó a Yrigoyen, antipopular, es el que sostuvo el fraude del año 32, el del año 38, el que ha permitido el pacto Roca-Runciman. No se puede esperar nada del ejército"*.

Pero el 10 de julio de 1944, Perón da una conferencia inaugurando la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata. Scalabrini va, y allí Perón dice que un país no es soberano si no tiene flota propia. Que un país no es soberano si no tiene servicios públicos propios. Que ya en la primera guerra tuvimos industrias y al terminarla se nos cayeron porque no supimos defenderlas. Ahora tenemos un cierto desarrollo industrial a partir de hace unos años, pero *"es necesario, cuando termine la guerra, defenderla con protección aduanera, con créditos baratos, etc."*

Scalabrini se sorprende, y cuando termina la conferencia y un grupo de gente va a cenar, en la misma tarjeta del menú que le hace llegar por un chico de FORJA a Perón, le pone atrás "*Le vamos a pedir los trencitos*", y lo firma. Perón entonces se acerca, conversan, y le dice "*lo vamos a hacer, tenga paciencia pero lo vamos a hacer*".

Viene entonces una época difícil entre el 44 y el 45. Los imperia-
lismos que están triunfando, los ingleses y norteamericanos, están muy arrogantes y presionan para que se declare la guerra, cosa que el ejército no quería hacer. Finalmente se declara la guerra, y están presionando también para que en Argentina se cree un gobierno que no transforme nada, formado por los viejos políticos, esta idea de las instituciones, preservar las instituciones, para que no pase nada. Porque su lema es: las instituciones para que no pase nada.

¿Qué pasa entonces? Scalabrini, con sus dudas, se va al norte a tratar de ganar unos mangos, porque sus cinco chicos comen sin medida. Va al norte con un amigo, Héctor Rapela, para comprar unas maderas, un negocio de madereros, aserraderos, bosque en el norte formoseño, y no consiguen ninguna cosa interesante, no tienen mucho dinero para invertir. Cuando están por volverse para acá se encuentran en una pulpería de campaña, con piso de tierra, que es pulpería, almacén de ramos generales, de todo, y ahí se toman una ginebrita, a la cual a veces recurría.

La señora Mecha, extraordinaria mujer que lo acompañó muchísimo, que me ayudó en la biografía que hice de Scalabrini, se enojaba cuando yo mencionaba la ginebrita. Y la ginebrita es muy humana, más para un tipo que está luchando contra todo. Tomaba una ginebrita. Y entonces entra en ese momento un mataco, que venía a comprar las provisiones para varios días. Los matacos parece que hablan en gerundio, por lo que contaba Rapela. Rapela le dice: "¿Cómo andando?". El tipo grandote, parco, decía lo imprescindible. "Andando, indio andando. Patrón pagando, indio cobrando, estando un coronel Perón, estando". Scalabrini se maravilla, porque esta es la prueba, la prueba de la realidad, no de la reflexión intelectual, sino de la realidad, que la Secretaría de Trabajo y Previsión por primera vez mandaba inspectores al último rincón de Formosa, donde los obrajeros tenían que pagar en dinero, no en vales emitidos por ellos, con los que únicamente se podía comprar

en la proveeduría de ellos. Entonces Scalabrini empieza a darse cuenta de que la situación es muy promisoría.

Se produce el 17 de octubre, él escribe unas páginas muy hermosas sobre este acontecimiento. Perón le ofrece el Ministerio de Transportes, no lo acepta. Le ofrece la Dirección de Ferrocarriles, no la acepta. *"No, general, yo soy hombre de crítica, no soy hombre de construcción. Yo siempre he estado en la crítica y voy a seguir estando en la crítica"*.

Y se queda sin ocupar ningún cargo, mientras que Jauretche ocupa la presidencia del Banco Provincia; Darío Alessandro es director del Banco Provincia, Capelli es secretario, varios forjistas colaboran en el gabinete de Mercante.

Scalabrini se queda en una actitud modesta, de segundo plano, con su teodolito, haciendo agrimensuras, tratando de sobrevivir con su familia, opinando y siguiendo atentamente lo que está pasando. Y sí se ocupa de una cosa: crear una comisión pro nacionalización de los ferrocarriles. Eso sí. La constituye, va a ver a Perón varias veces, le dice que no hay que hacer empresa mixta, *"hay que nacionalizar los ferrocarriles, nacionalizar los ferrocarriles es una cuestión de soberanía, aunque digan que es comprar ferro viejo"*. Él dice: *"sí, los ferrocarriles están viejos, no han sido modernizados, están viejos también los directores de los ferrocarriles que ya están desdentados, el imperialismo inglés también está viejo, pero esto es necesario. Recuperar la soberanía. Comprar los ferrocarriles es fundamental"*. Perón le manda una invitación y participa con gran alegría en el día de la nacionalización.

El último período del gobierno de Perón, 1952, 53 en adelante, Scalabrini encuentra algunas dificultades para expresarse, porque, lógicamente, estos sectores burocráticos, en la medida que quieren apagar las críticas, apagan también las críticas de los que hacen crítica para conspirar contra el gobierno, porque había intentos conspirativos, como el del general Menéndez en 1951, y después el del almirante Rojas y todos los demás, del 55, pero también apagan las críticas de los amigos del gobierno que aportan críticas con el afán de ir corrigiendo errores.

Scalabrini protesta con respecto a esto. Dice en una carta: *"Yo podría haber hecho mucho si me hubieran dado los medios para influir"*. Uno piensa que sí, que podría haber hecho mucho, especialmente desde el momento en que hubo televisión. Jauretche y Scalabrini podrían haber

casa, a tomar un café y le dice —junto con otros hombres de derecha, lonardistas iban a ser después— que esto ya es insoportable, y que hay que dar el golpe. Y Jauretche les dice: “*Ustedes siempre fueron golpistas. En el 30, en el 43, y ustedes son golpistas pero resulta que hacen un golpe que después se los usufructúan los demás. Porque en el 30 hicieron un golpe y lo usufructuó Justo, porque Uriburu le entregó el poder a Justo, que era un liberal. Y en el 43 hicieron un golpe y después se los usufructuó Perón*”. Entonces Tedín Uriburu le dice: “*No, no, doctor. Yo comprendo lo que usted dice, pero esto... acá hay una confusión. Nosotros en el 30 éramos chiquilines cuando hicimos el golpe, y en el 43 éramos hombres que estábamos madurando, pero tampoco teníamos el conocimiento que tenemos ahora*”.

Y Jauretche les dice: “*No, yo no voy a participar, porque ustedes en el 30, y en el 43, y en el 54, pelotudos fueron siempre*”. Era la misma posición de Scalabrini en un nivel más de calle.

Producido el golpe, primero viene el bombardeo, con 384 muertos el 16 de junio, y después el golpe del 16 de septiembre, e inmediatamente después de producido el golpe, Jauretche y Scalabrini están allí en el diario, en la calle Paraná y Rivadavia, donde funcionaba *El Líder*, diario de un sindicato, ofreciéndose para colaborar.

En la medida que Lonardi dice, derrocado Perón, “*ni vencedores ni vencidos*”, y que va a aceptar cierta libertad de prensa, en *El Líder* empiezan a colaborar ellos dos.

Eso dura hasta que se produce el golpe de Aramburu y Rojas el 13 de noviembre, empieza la intervención de *El Líder*, es clausurado *El 45* de Jauretche, se clausura *Lucha Obrera*, que dirigía Esteban Rey, *El Federalista* también se lo clausuran, se clausura la revista *De Frente*, de Cooke. Cooke es detenido. Y se inicia la persecución. Persecución que lleva a Jauretche a Montevideo, y desde Montevideo, siempre priorizando lo político, busca qué vuelta se le puede encontrar para derrotar toda esta maquinación que intenta volver al país al año 43.

Entonces él considera que de lo que se trata es que el ejército no va a aceptar la vuelta de Perón. El decreto 4.161 es delirante. No solo no acepta la vuelta de Perón sino que impide que se lo nombre, que se nombre a Eva Perón, se cante la marcha peronista, etc., un decreto que no debe tener parangón en ningún país del mundo.

Jauretche dice: hay que buscar entre los políticos, en el escenario político, el hombre que sea menos antiperonista, el hombre que tenga un cierto criterio industrialista, cierto criterio modernizador. Y se conecta con Frigerio, que había sido amigo suyo de otros tiempos, y ahí surge la posibilidad de apoyar la candidatura de Frondizi.

Al principio los peronistas lo ven muy mal, critican a Scalabrini, critican a Jauretche, pero finalmente Perón encuentra que no hay otra solución, porque si no gana Frondizi va a ganar Balbín, que es la expresión de los hombres de la Libertadora. En las elecciones del 28 de julio de 1957 triunfan los votos en blanco, pero las masas populares quieren votar en positivo. Y para las elecciones presidenciales del 23 de febrero de 1958, Perón da la orden, esa orden que se da faltando unos veinte días para la elección. El día de la elección se dice que en algunas colas de votantes, como no se podía hacer política, unos y otros militantes peronistas se hacían así, como diciendo que había que votar al hombre de la nariz grande. Frondizi gana.

En los años 56, 57, Scalabrini ha escrito *La carta de Scalabrini Ortiz*, semana a semana. Había hecho una crítica permanente y apabullante de la política económica y la política general del gobierno de Aramburu.

Luego de obtenido el triunfo, en las elecciones del 23 de febrero del 58, el 27 de febrero parece que hay una reunión en el Ministerio de Economía, donde Cueto Rúa habla con algunos representantes de Frondizi, en la cual le empiezan a explicar a Frondizi que la marina no va a entregar el poder, que Rojas se niega a entregar el poder porque el apoyo de Perón que fue en secreto no fue tan secreto, se sabe, y entonces dice: "*si a Perón lo echamos por la puerta, ahora se nos mete por la ventana*".

En realidad, era una táctica de Aramburu plantear esto. Con el fantasma de que Rojas no quiere entregar el poder, Aramburu dice: yo aseguro la entrega del poder pero usted tiene que amenguar en sus proyectos, sus planteos electorales. Por ejemplo, si da amnistía, tiene que ser restrictiva, no puede haber amnistía para Perón. Si hay aumentos de sueldos tiene que ser considerando a cuenta de lo que ya se dio. Una serie de limitaciones y especialmente, la fundamental es que se mantenga a la cúpula de las Fuerzas Armadas, que no se la toque. Jauretche le exigía a Frondizi, precisamente, lo contrario: había que descabezarlas.

Jauretche le decía: "usted asume el poder, y el mismo día que asume tiene que liquidar a la cabeza del ejército y de la marina, porque de otra manera usted no va a tener el poder. Va a tener el gobierno, y el poder lo van a tener ellos". Y efectivamente fue así.

Fronidzi fue sometido a cerca de 30 planteos militares entre 1958 y 1962 (más tarde, cuando da elecciones sin proscripción y triunfa el peronismo, lo echan, lo mandan a Martín García y lo derrocan). Ahora, en esos momentos difíciles del 58, desde el gobierno se le ofrece a Scalabrini la dirección de la revista *Qué*.

La revista *Qué* había existido en el año 46, había sido clausurada por el peronismo y pertenecía a Baltasar Jaramillo, que era un hombre bastante adinerado. Ellos la reflotaron en el 57 y le dieron la posibilidad a Scalabrini de escribir en ella semana a semana.

Pero ahora, que la revista debía convertirse en cierto sentido en una revista oficialista, viene la propuesta para Scalabrini. Los amigos le dicen que no acepte, porque Frondizi está mediatizado en el poder, y puede pasar cualquier cosa. Que pasa cualquier cosa es cierto, porque el 31 de diciembre del 58 se firma el acuerdo con el FMI. Perón se había negado a incorporarse al FMI. El gobierno de Aramburu incorpora al país al FMI. Creo que Argentina era el único país que no estaba incorporado.

El acuerdo con el FMI de fines del 58 implica ya una política llamada de austeridad, de saneamiento, de privatización.

En esas circunstancias, Scalabrini, que siempre había tenido el sueño de ser director de una revista, había sido director de *Señales*, había dirigido *Reconquista*, que era un diario en el año 39, pero durante 40 días, no pudo sostenerlo, se tiente con tomar la dirección de la revista. La toma, e inicialmente intenta justificar la política que está haciendo Frondizi. Frondizi lanza el 24 de julio del 58 la llamada "batalla del petróleo", que significa acuerdos con algunas empresas, como la Panamericana, la banca Lab, que se publican días después. Cuando se publican, Scalabrini, en la redacción de *Qué*, según cuentan los colaboradores, se da cuenta de que esos contratos son negativos, especialmente el de la banca Lab: es un contrato que no obliga a nada a la empresa norteamericana, y significa darle atribuciones extorsivas parecidas un poco a las formas en que se manejaba el imperialismo inglés. Entonces publica un

artículo, "Aplicar al petróleo la experiencia ferroviaria". El título está indicando que aplicar al petróleo la experiencia ferroviaria era hacer con el petróleo lo que se había hecho con los ferrocarriles anteriormente. Renuncia y se va.

Se va, pero no hace una crítica del gobierno, porque Perón sigue apoyando al gobierno, y el peronismo también, aunque con bastantes broncas. Recién en mayo del 59 Perón denuncia el pacto y termina la relación con Frondizi, y Frondizi, más o menos en esa época nombra ministro de Economía a Álvaro Alsogaray que indica ya la debacle. Después también va a ser ministro Alemann.

Pero Scalabrini ya está enfermo. Sufre un cáncer de pulmón. No lo pueden operar, no hay solución, y al principio del 59 le hace metástasis en el cerebro, una ironía de la historia, quizás el cerebro más valioso, el hombre que mayor inteligencia había tenido para conseguir descubrir lo que otros no veían, entra en un proceso de nebulosa, de dificultad, de entontecimiento. Entonces no sale más a la calle, se repliega en su casa, la casa que alquilaba en la calle Juan Bautista Alberdi 1165, de Estación Borges, en Olivos. Lleva su cama a la biblioteca, porque quiere morir entre sus libros, y pasa los últimos meses allí.

En ese momento un periodista recuerda que un día le llega una carta, que Scalabrini desde su lecho de enfermo insiste en abrir por sí mismo. Eran apenas unas líneas, que desde un campo de Santa Fe le mandaba un criollo. Decía así: "*Hable, Scalabrini, hable. Su silencio es traición a la patria*". La carta se le cayó de las manos porque no podía soportar que la buena gente de su tierra creyera que callaba su tremenda indignación contra todo lo que estaba ocurriendo porque tenía miedo, o porque lo habían comprado. Y el periodista agrega: "*El breve telegrama que las agencias cablegráficas dedicaron a su muerte poco después le habrá llevado tranquilidad al espíritu inquieto del criollo que extrañaba su voz. Habrá sabido entonces que si Scalabrini Ortiz callaba era porque se estaba muriendo*".

Murió el 30 de mayo de 1959.

Para terminar, vamos a leer unos párrafos del discurso de despedida de su amigo, Arturo Jauretche: "*Lo he visto a Scalabrini más débil que el Quijote teclear en largas vigilias sobre la máquina un pensamiento que no tenía destino porque las bobinas y bobinas de papel entraban por el puerto de*

Buenos Aires con el pretexto de la cultura, pero no había una mísera cuartilla de periódicos con que llevar al pueblo las verdades que surgían de aquella vigilia de Scalabrini. Pero la verdad fue saliendo, igualmente, en pequeñas hojitas, en efímeros periódicos, en folletos y libros portados por hombres pequeños, pequeños en la multitud, que se fueron haciendo grandes, hasta ser la multitud misma.

Mi deber es decir que la grandeza de Raúl Scalabrini Ortiz fue precisamente la de hacer del artista un instrumento de cosas más grandes, más generosas, más amplias. Instrumentar la belleza para los fines colectivos, que son de belleza moral. Su tarea fue enseñarnos y ayudarnos a construir una patria.

El amigo que se despide tampoco quiere estar triste. ¡Cómo estar triste si Raúl Scalabrini Ortiz vive en el privilegio de su pensamiento y de su conducta! Y vive alegremente, con ese canto de esperanza y fe en el futuro con que fue cortando nuestras cadenas con minuciosidad de preso que lima los grillos mientras el alma había anunciado el despertar.

Raúl Scalabrini Ortiz, tú sabes que somos vencedores. Por eso hemos venido más que a despedirte, a decirte, gracias hermano”.